

Sexo, Tenis y Crimen

MATCH BALL

Antonio Skármeta. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1989. 208 páginas.

por Ignacio Valente

AUNQUE viene precedida por su anuncio como novela erótica, **Match Ball** no lo es mayormente. Ciertamente que el protagonista, un metódico y hasta entonces grisáceo médico norteamericano residente en Berlín, experimenta a los 52 años un renacer de todas sus posibilidades de pasión amorosa en contacto con una deslumbrante campeona mundial de tenis que no ha cumplido aún los 16. Pero desde el punto de vista de la explo-

ración narrativa y existencial del eros, nada nuevo nos ofrece esta obra, como no sea esa cierta originalidad (ya trillada: véase a Vargas Llosa) que proviene de las edades disímiles de los protagonistas: una sensualidad lúdica y extrañamente madura o sabia en ella, y en él la irrupción de una vitalidad perdida, o que más bien no se tuvo nunca antes. A tono con la larga tradición literaria de las pasiones idolátricas e imposibles, también ésta termina en la desgracia, que se precipita a través del crimen pasional.

Match Ball exhibe el indudable oficio que ha alcanzado Skármeta como novelista. Es un buen inventor, un avezado narrador, un hábil aprovechador de la técnica cinematográfica. No obstante, parece haber puesto estas considerables facultades al servicio de una obra que bien puede llamarse **novelita**, y esto no necesariamente

en un sentido peyorativo: sólo como descripción del tipo de libro que el autor ha enfrentado, tal como Donoso titula sus tres **novelitas** burguesas. Esta, que también es burguesa, tiene algunos rasgos de un fácil **best-seller** prefabricado según la receta consabida: el ambiente del **jet set** internacional, el propio erotismo desenfrenado, la sucesión de grandes capitales del mundo donde ocurre la acción, la nota delictual y policíaca.

Quizás para compensar esta impresión, hay páginas con abundantes referencias poéticas y con un alto bagaje de cultura literaria y aún de erudición; pero estas páginas cultas resultan, además de superpuestas, tediosas. Sin embargo, hay todavía otras páginas —numerosas— que delatan al narrador de veras, más allá de las recetas del éxito fácil. Skármeta ha urdido la trama del **best-seller** con puntadas

que a veces superan con mucho al subgénero, dentro del cual, no obstante, se mantiene por el elevado tributo que paga a los pies forzados del superventa.

El médico cincuentón, que abandona la plácida rutina de su vida profesional y familiar por el amor loco de Sophie, lo hace en nombre de la **vida verdadera**. Esta fácil filosofía encuentra cierta verosimilitud en las páginas que la sugieren. Bajo otro aspecto, sin embargo, hay demasiados golpes inverosímiles en el desarrollo del argumento. La pasión del Dr. Papst por la tenista se viene encima con la fatalidad de un hado griego. El autor juega tan limpio que nos sugiere esta fatalidad desde la primera página. Pero el hado tiene menos de tragedia griega que de comedia musical, género que evoca a menudo con sus

(Continúa en la pág. 2)

Sexo, Tennis...

(Viene de la pág. 1)

providentes casualidades. El disparo que inicia el desenlace de la novela representa una curiosa mezcla entre comedia y tragedia, algo en rigor tragicómico y no del todo convincente.

Resulta inevitable comparar esta nueva novela de Skármeta con su reciente relato **La Insurrección**. La entrada en materia de esta última es lenta y farragosa, como sugerí en su día. En cambio, el planteamiento narrativo de **Match Ball**, más ligero y aún frívolo como es —está dominado por una suave ironía y no pretende transcendencia alguna—, resulta mucho más rápido, directo y atractivo. Es curioso, pero a Skármeta puede dársele mejor a ratos el tono humorístico que el épico, y mejor un cierto cinismo desencantado que un fácil idealismo. En la comparación entre ambas novelas, forzoso es referirse a la oposición simétrica de sus respectivos problemas. **La Insurrección** cobra fuerza y calidad sólo desde la mitad en adelante; diría que en **Match Ball** ocurre lo contrario: la entrada en materia es ágil y dinámica, pero a partir de la mitad, aproximadamente, lo farsesco de la trama se hace sentir pesadamente y la novela decae.

Hay un cierto desajuste entre el protagonista y el lenguaje con que éste narra en primera persona su odisea erótica. Este lenguaje es el usual del Skármeta liviano, irónico, juvenil, y su protagonista, en cambio, tiene calidades de otra índole que lo hacen parecer como hablando con un idioma narrativo prestado. Tal vez sea la evidencia de este desnivel lo que movió al autor a escribir el prólogo, donde aparece él mismo —Skármeta— como escribiendo vicariamente la biografía del supuesto Dr. Papst. El lector se acostumbra pronto a aquel desajuste, pero no por eso deja éste de existir.

El motivo central del tenis, con todo el arsenal de metáforas que este deporte ofrece para narrar las lúdicas alternativas de la novela, desde el título en adelante, está bien abordado. Se tiene el buen gusto de describirnos las finales de algunos grandes campeonatos en forma sobria y rápida. La terminología deportiva es eficaz en boca del narrador.

Algo extraño sucede con esta novela: está escrita con habilidad, y todo en ella —el asunto, el tratamiento, los personajes, el propio erotismo—, todo parece contribuir a hacerla esencialmente amena. Y a menudo lo es. Sin embargo, como si el casi perfecto mecanismo fallara en un resorte invisible pero muy real, no siempre nos suscita la elemental curiosidad por saber qué ocurre en la página siguiente. La lectura se hace incluso trabajosa a ratos. El suspenso de pronto se suspende —¿por obra de la anunciada fatalidad?—, y esto ocurre sobre todo, como ya indiqué, de la mitad en adelante.

¿En qué consiste este peso muerto? ¿En la desgracia del protagonista, sugerida desde la primera página y ampliamente comentada durante su transcurso? ¿En lo descabellado del amor entre un cincuentón y una quinceañera? ¿En la inverosimilitud de ciertas partes de su desarrollo? En todo caso, el antiefecto existe, producido quizás por un exceso de efectos, como se aprecia muy bien después del confuso episodio en que el protagonista se acrimina: el desenlace se sigue con penoso esfuerzo. La novela avanza lentamente —demasiado lentamente— hacia su final sin pena ni gloria. **Match Ball** puede llegar a ser una novela de éxito, pero está lejos de ser la mejor obra del versátil Antonio Skármeta. ■